

« Mi Universo » (Tientsin, marzo de 1924) de Pierre Teilhard de Chardin

Centenario de un ensayo iluminador

En el año 1923, Pierre Teilhard de Chardin llega a China invitado por el padre jesuita científico Émile Licent para trabajar en el Museo de Ciencias de Tientsin (ahora Tianjín).

Juntos exploran el desierto de Ordos (Mongolia interior) y Teilhard compone “La Misa sobre el Mundo”.

Al regreso a Tientsin, Pierre Teilhard de Chardin y el padre Licent inician en el laboratorio del Museo el estudio de los fósiles recogidos en Ordos.

Redactan durante el año 1924, hace cien años, varias publicaciones científicas prestigiosas en revistas chinas.

Pero Teilhard tiene tiempo para redactar en marzo un extenso escrito que tiene un gran valor filosófico, teológico y espiritual: “Mi Universo” que nunca lo vio publicado.

Leandro Sequeiros. Presidente de la Asociación de Amigos de Teilhard (sección española). Red Mundial Teilhard

El primer de abril de 1923 Teilhard se embarcó en Marsella hacia China. Poca idea tenía que este supuesto corto viaje sería el inicio de muchos años de viajes que seguirían. Su primer periodo en China lo pasó en Tientsin (ahora Tianjín), una ciudad costera a unos ciento treinta km. de Pekín, donde el jesuita científico Émile Licent (1876-1952) había construido su propio museo con afanes apostólicos y un almacén para los fósiles que había recolectado en China desde su llegada en 1914.

Tianjin es una de las cinco ciudades centrales nacionales, de gran relevancia histórica. Su ciudad amurallada fue construida en 1404. Como puerto de tratado desde 1860, Tianjin ha sido un importante puerto marítimo (muy importante para los buques de carga y viajeros) y puerta de entrada a Pekín.

Durante el levantamiento de los boxers (1898-1901) la ciudad fue la sede del Gobierno Provisional de Tianjin. Bajo el Imperio Ta-tsing y la República de China, se convirtió en una de las ciudades más grandes de la región.

En esa época, numerosos edificios y mansiones de estilo europeo fueron construidos en concesiones, muchas de las cuales están bien conservadas hoy en día. Después de la fundación de la República Popular de China, Tianjin sufrió una depresión debido a la política del gobierno central y el terremoto de Tangahn, pero se recuperó a partir de 1990.

Es interesante tener unos datos para entender el contexto político en el que se desarrolla la vida de los jesuitas en China en esta época. La llamada República de China derrocó a la última dinastía de emperadores en 1911 y gobernó la China continental hasta 1949. Los años en los que Teilhard vivió y trabajó en China.

Cuando ya los jesuitas habían sido repatriados, el Partido Comunista de China se impuso y proclamó la República Popular China en Pekín el 1 de octubre de 1949.

Teilhard y Licent, personalidades muy diferentes

Teilhard y Licent eran dos personalidades contrastantes. Licent, nada convencional en el vestir, pues adoptó las túnicas chinas, taciturno, muy fumador e integrado en la cultura china, y muy independiente en su trabajo, estaba interesado en coleccionar fósiles más que interpretar su significado científico.

Teilhard era más formal, disfrutaba la conversación en sociedad, en la cual podía relacionar sus conocimientos geológicos a una amplia esfera científica e interpretativa. Nunca se adaptó a la vida de China, ni aprendió la lengua ni las costumbres. Estuvo siempre en China “casi de paso”, con sensación de provisionalidad.

Casi inmediatamente Teilhard se familiarizó con la colección de Licent y ante un pedido urgente, envió un reporte a la Sociedad Geológica China. En junio de 1923 Teilhard y Licent emprendieron una expedición al desierto de Ordos al oeste de Pekín, cerca de la frontera con Mongolia Interior. Esta expedición y las sucesivas que realizó junto con Licent durante los años veinte le proporcionaron a Teilhard una valiosa información sobre los restos fósiles terciarios y sobre las herramientas paleolíticas en China.

El principal interés de Teilhard durante esos años se centró en el terreno de las ciencias naturales, la geología y la paleontología y no tanto en la arqueología.

Aunque interactuó con innumerables grupos étnicos, rara vez se adentró en sus culturas más de lo necesario para mantener bien las expediciones o satisfacer un interés general. Irónicamente las tradiciones del confucianismo, el principal sistema de pensamiento chino con su visión de la identidad cósmica entre cielo, tierra y hombre, quedaron fuera de los intereses de Teilhard. En sus Cartas de viaje, dejó registradas sus impresiones sobre Mongolia, su gente, su geología, su vegetación y los animales de la región.

El regreso de Teilhard a París (septiembre de 1924)

Para el 10 de septiembre de 1924 Teilhard se encontraba en Shanghai donde visitó la tumba de su hermana mayor y el 13 de septiembre dejaba China. Teilhard estaba ansioso de regresar a París y al Museo de Historia Natural donde estaba su maestro Marcellin Boule.

Por otra parte, desde China había establecido valiosas amistades con científicos estadounidenses, suecos y chinos que, aunadas a su trabajo realizado, le dieron mayor fama y carácter. El 15 de octubre de 1924 estaba en Marsella, de donde fue a París. Allí reasumió su cátedra en el Instituto Católico. Aquellos estudiantes que atendieron a sus clases recuerdan la calidad dinámica con la que el joven profesor expresaba sus profundos análisis sobre el *Homo faber*.

Pero el clima intelectual del catolicismo europeo no había cambiado. Pío XI, papa desde 1922, permitió el libre reinado de las facciones conservadoras. Fue en este clima hostil que la copia de un artículo que Teilhard envió a Bélgica, hizo su camino hasta Roma.

Un mes después de haber regresado de China, en octubre de 1924, le fue ordenado a Teilhard presentarse ante su superior provincial, para firmar una declaración repudiando sus ideas sobre el pecado original. Su viejo amigo intelectual y jesuita, Auguste Valensin (1879-1953) lo aconsejó sobre la declaración de repudio y en una reunión entre los tres jesuitas acordaron enviar a Roma una versión modificada del artículo y una respuesta sobre la declaración.

Mientras esperaba la respuesta de Roma, Teilhard siguió dando clases en el Instituto y viajó a algunos sitios en Francia incluyendo Clermont-Ferrand.

En el ámbito filosófico, hace cien años, en 1924, Teilhard empezó a utilizar el término de Eduard Suess (1831-1914), *biosfera* y empezó a concebir el concepto de *noosfera*. Este término fue adoptado de inmediato por el profesor del Colegio de Francia Édouard Le Roy (1870-1954), con quien estableció Teilhard una sólida relación.

Le Roy era un pensador de gran originalidad y tenía gran número de ideas que compartió con Teilhard, a quien citaba frecuentemente en sus conferencias. En este periodo Teilhard tuvo gran interés por la literatura moderna y su característica "filosofía de la aceptación" y también en esa época se gesta su libro *El medio Divino*.

Teilhard se va haciendo "molesto" a El Vaticano

La influencia que Teilhard adquiría en el ámbito intelectual francés empezó a perturbar a los obispos conservadores franceses, que lo reportaron a los oficiales del Vaticano, quienes a su vez presionaron a los jesuitas para que lo silenciaron.

El jesuita superior general de los jesuitas era por entonces el padre Włodimir Ledochowski (1866-1942), un antiguo militar austriaco, que abiertamente estaba del lado de la fracción conservadora del Vaticano. Por lo que en este escribe a Teilhard una carta muy dura en la que se le "ordenaba" que firmara una declaración repudiando sus controversiales teorías y se fuera de Francia al terminar los cursos del semestre.

Marcellin Boule (1861-1942) y el científico y sacerdote Henri Breuil (1877-1961), sus maestros y asociados en el Museo, recomendaron a Teilhard que dejara la Orden de los jesuitas y se hiciera un sacerdote diocesano, mientras que su amigo Auguste Valensin y otros jesuitas, le pidieron que firmara la declaración de repudio como un gesto de fidelidad a la Orden Jesuita en vez de una aceptación a las demandas de la Curia.

Esto sucedía la misma semana en que en Tennessee se desarrollaba el “Juicio de Scopes” donde se validó la evolución. Finalmente, después de una semana de meditar, Teilhard firmó el documento que le pedía el padre General el 25 de julio de 1925, abriendo las puertas al Vaticano para silenciarlo y exiliarlo, y cerrándolas a una gran parte del mundo intelectual, primordialmente de habla hispana, impidiéndoles conocer unas ideas que hubieran podido, en su momento, cambiar el destino de la humanidad.

Mi Universo (Tiensin, marzo de 1924) de Pierre Teilhard de Chardin

Pero volvamos a China. En marzo del año 1924, hace un siglo, Teilhard solo escribe un texto de carácter interdisciplinar: “Mi Universo”, para descansar espiritualmente del esfuerzo que le hizo concentrar su mente en la redacción y publicación de seis extensos trabajos de geología y de paleontología, referentes a sus investigaciones científicas (junto al padre Emile Licent) en el desierto de Ordos (Mongolia exterior) en el verano de 1923.

El denso ensayo “Mi Universo”, redactado en marzo de 1924, nunca pudo ser publicado en vida de Teilhard. Cuando la Comisión Internacional y la Fundación Pierre Teilhard de Chardin iniciaron la publicación de sus escritos (tras cederlos a su secretaria Jeanne Marie Mortier) este texto se incluyó en el volumen IX titulado *Ciencia y Cristo*. En la edición castellana de Taurus de *Ciencia y Cristo*, se encuentra entre las páginas 59-107 (casi 50 páginas)

Como el mismo Teilhard escribe, en “Mi Universo”, *“me propongo simplemente exponer aquí la manera personal de comprender el Mundo en la que me he encontrado progresivamente llevado por el desarrollo inevitable de mi conciencia humana y cristiana” (...)*.

Y prosigue:

“Porque el destino me ha colocado en un cruce privilegiado del Mundo en el que, mi doble calidad de sacerdote y de hombre de Ciencia, he podido sentir pasar a través mío, en condiciones particularmente exaltantes y variadas, la doble oleada de potencias humanas y divinas; porque, en esta situación de elegir en la frontera de dos mundos, he encontrado amigos excepcionales para abrir mi pensamiento y ocios prolongados para madurarlo y fijarlo; pienso que sería infiel a la Vida, infiel también a los que necesitan que les ayude (...), si no intentara transmitirles los lineamientos de la espléndida figura que se ha descubierto ante mí en el Universo durante veinticinco años de reflexiones y de experiencias de todas clases (...). Toda mi apologética consistirá en mostrar esta coherencia sólida, natural, total”.

La aparición del concepto “Omega”

Y en las últimas páginas del ensayo, acuña el término “omega”, tan querido por Teilhard más adelante: *“Para abreviar, llamemos omega: al Término superior cósmico desvelado por la Unión creadora”.* Y fundamenta la afirmación de que “Cristo no es sino Omega” acudiendo a una extensa relación de textos de San Juan y sobre todo de San Pablo, entre ellos *“Omnis in omnium Christus (Colosenses 3, 11) ¡Es exactamente la definición de omega!”*

Y más adelante: *“Así se abrirá en el Mundo la era de la Ciencia; y la Ciencia estará probablemente cada vez más impregnada de Mística (no para ser dirigida, sino para animarse en ella)”* [Animarse, en el sentido de llenarla de fuerza, de alma, de animus, de espíritu]

Y concluye: *“Como una inmensa marea, el Ser habrá dominado el temblor de los seres. En el seno de un Océano aquietado, pero en el cual cada una de sus gotas será consciente de seguir siendo ella misma, habrá concluido la extraordinaria aventura del Mundo. El sueño de toda mística, el eterno sueño panteísta, habrán encontrado su plena y legítima satisfacción. Erit in ómnibus Omnia Deus”* [Dios será todo en todas las cosas] [En una alusión a la primera carta de San Pablo a los Corintios: 1Corintios 15, 28. http://bibliaparalela.com/1_corinthians/15-28.htm]

El largo texto de Teilhard en *“Mi Universo”* (firmado en Tientsin en marzo de 1924) concluye así:

B. EL PORVENIR.

¡Qué gran oscuridad ante nosotros! Y las estrellas no están allí cuando se trata de considerar el Universo. Sin embargo, una cosa parece cierta. El ruido de las olas que escuchamos no es solamente el desordenado choque del agua contra los flancos de nuestro barco. Se añade a él el zumbido particular del agua bajo la quilla. Quizá sea incierta la tierra hacia la cual bogamos. No importa. En todo caso, no somos un objeto que flota al azar. Hay un sentido de las cosas. Avanzamos. Progresamos.

Los sabios sonríen, o se enfadan, cuando se habla de progreso. Enumeran con satisfacción los escándalos del momento, o bien arguyen el pecado original, para demostrar que de la Tierra no puede salir nada bueno. Dejemos a un lado a estos pesimistas, que no parecen haber interrogado nunca a la historia, ni a la razón, ni a su corazón. ¿Pero se dan cuenta estos hombres de que su escepticismo acabaría lógicamente por hacer que el Mundo resultara incomprensible, y por matar en nosotros la acción? Decid que la consciencia no es mejor que la inconsciencia. Decid también que el Hombre, para actuar, no necesita saber si su esfuerzo es útil. Y entonces habréis negado la existencia y la necesidad del Progreso. Pero, al mismo tiempo, habréis destruido, con vuestras teorías, nuestras verdaderas razones de vivir.

Nosotros, que no reconocemos más hilo conductor, en el dédalo de las evoluciones orgánicas, que la concentración gradual de las facultades psíquicas: nosotros, que no ponemos directamente el más ser en el confort ni en la virtud, sino en el dominio creciente del Mundo mediante el pensamiento (es decir, en una fuerza creciente tanto para el Mal como para el Bien), nosotros, que no pensamos que valga la pena trabajar si no va a quedar nada *para siempre* de la obra de nuestras manos, nosotros, creemos en el progreso, y lo reconocemos en tomo nuestro en la extensión de los descubrimientos científicos, en el esbozo de los organismos colectivos, en el despertar de los sentimientos humanitarios y de las simpatías por lo

universal. "Progresos cuantitativos, se dice: ¡Todo eso no es más que conocimientos aditivos!". "Progreso verdaderamente cualitativo y orgánico", contestaremos nosotros. Creéis que la Evolución ya se ha detenido porque parece haber llegado al punto en el que sus progresos se realizan no ya en el cuerpo humano individual (que ha llegado a su madurez), sino en el alma humana, y más todavía, quizá, en la colectividad de las almas humanas. En absoluto. *Todo aumento de consciencia transforma fatalmente, en su ser físico, a las mónadas y al Mundo.* Por lo tanto, la extensión prodigiosa de nuestras concepciones sensibles sobre el Cosmos, la multiplicación incesante de las relaciones "unitarias" en todos los órdenes, representan inevitablemente un engrandecimiento *entitativo* del Universo. La Unificación que se continúa tan intensamente, en nuestro tiempo, en el espíritu humano y en la colectividad humana, *es la prolongación auténtica del proceso biológico que ha dado el cerebro humano.*

Así lo quiere la Unión creadora.

¿A dónde debe llevarse hoy nuestro esfuerzo para ser lo más eficaz posible? ¿En qué sentido, bajo nuestro empuje, se dispone a ceder lo Real? Indudablemente en el campo de la búsqueda unánime de la Verdad.

Sería prematuro suprimir inmediatamente las vigorosas, aunque demasiado brutales, expresiones de la fuerza guerrera. Necesitamos todavía cañones cada vez más fuertes, y acorazados cada vez más grandes, para materializar nuestra agresión del Mundo. Pero cabe prever y esperar que esos instrumentos de dominio y de conquista dejarán el sitio gradualmente a medios de ataque, igualmente potentes, pero que actúen sobre un campo más vasto y más espiritual. En nuestro siglo, los seres humanos están aún absorbidos por la preocupación de organizar el abastecimiento de su cuerpo y de distribuir provechosamente, sobre la superficie del Globo, su creciente multitud. Están todavía distraídos también con el placer de inventariar y de utilizar los objetos que les presenta la Naturaleza del modo más inmediato. Esta temporada acabará por terminar algún día. Tarde o temprano, la Sociedad se organizará. Se agitarán las curiosidades fáciles de la Tierra. Entonces, al experimentar más claramente en ellos la necesidad de saber paYa ser más, y al descubrir ante ellos problemas más amplios, más urgentes y mejor planteados, los Hombres se agruparán por fin para la investigación, tan ardientemente como lo hacen hoy para amasar oro o para matarse los unos a los otros. La investigación intelectual dejará de ser una distracción de *dilettante*, una afición de *amateur*. Asumirá la dignidad de función primordial y colectiva. La Humanidad consciente ya de *su aislamiento* en el Cosmos, y amenazada por peligros colectivos, tendrá que *encontrar una solución o morir.*

Así se abrirá en el Mundo la era de la Ciencia; y la Ciencia estará probablemente cada vez más impregnada de Mística (*no para ser dirigida, sino para animarse en ella*). Expulsada, por la lógica del esfuerzo y por el

dinamismo secreto de la Materia, hacia esperanzas cada vez más universales —percibiendo, con una implacable claridad, lo absurdo que sería continuar una obra humana sin mañana—, la fracción ascendente de la Humanidad se absorberá cada vez más en la búsqueda y la espera de un Dios; y Cristo no habrá encontrado nunca en la Creación un poder más magnífico para odiarle o para amarle. En efecto, comprimidos los irnos contra otros por su número y por la multiplicación de sus conexiones, ligados entre ellos por el despertar de una fuerza común y por el sentimiento de una común angustia, los Hombres del porvenir no formarán ya, en cierto modo, más que una sola conciencia; y, dado que, al haber terminado su iniciación, habrán medido la potencia de sus espíritus asociados, la inmensidad del Universo y la estrechez de su cárcel, esta conciencia será verdaderamente adulta, mayor de edad. ¿No podremos imaginar que en ese momento se planteará por primera vez, en una opción final, un acto verdadera y totalmente humano; el sí o el no ante Dios, proferido individualmente por unos seres en cada uno de los cuales ¿se habrá desarrollado plenamente el sentimiento de la libertad y de la responsabilidad humanas?

Cuesta bastante representarse lo que podrá ser un fin del Mundo. Una catástrofe sideral sería bastante simétrica de nuestras muertes individuales. Pero acarrearía el fin de la Tierra más que la del Cosmos. Y es el Cosmos el que tiene que desaparecer.

Cuanto más medito sobre este misterio, más veo cómo adopta, en mis sueños, la forma de una “inversión” de conciencia, de una erupción de vida interior, de un éxtasis... No tenemos por qué rompemos la cabeza para saber cómo podrá desvanecerse la enormidad material del Universo. Basta con que se invierta el espíritu, que cambie de zona, para que se altere inmediatamente el aspecto del Mundo.

Cuando se acerque el fin de los tiempos, se ejercerá sobre los límites de lo Real una presión espiritual impresionante, por el esfuerzo de las almas desesperadamente tensas, por el deseo de evadirse de la Tierra. Esta presión será unánime. Pero la Escritura nos enseña que al mismo tiempo quedará atravesada por un profundo cisma: unos querrán salir de ellos mismos para dominar más aún al Mundo; otros, fiados en las palabras de Cristo, esperarán apasionadamente que muera el Mundo para ser absorbidos con él en Dios.

Entonces, sin duda, se ejercerá la Parusía sobre una Creación llevada al paroxismo de sus aptitudes para la unión. La acción única de asimilación y de síntesis que se perseguía desde el origen de los tiempos se manifestará por fin, y Cristo Universal surgirá como un relámpago en el seno de las nubes de un Mundo lentamente consagrado. Las trompetas angélicas no son más que un débil símbolo. Agitadas por la más poderosa atracción orgánica que quepa imaginar (¡la fuerza misma de cohesión del Universo!), las mónadas se precipitarán al lugar al que las destinen irrevocablemente la maduración total de las Cosas y la implacable irreversibilidad de toda la Historia del Mundo: unas, materia espiritualizada, en la culminación sin límites de una

eterna Comunión; otras, espíritu materializado, en las agonías conscientes de una interminable descomposición.

En ese instante —nos lo enseña san Pablo (1 Cor 15,23 y siguientes)—, cuando Cristo haya vaciado a las mónadas de todas las potencias creadas (eliminando todo lo que sea un factor de disociación y super-animando todo lo que es fuerza de unidad) consumará la unificación universal, entregándose en su Cuerpo completo y adulto, con una capacidad de Unión, por fin, completa, a los abrazos de la Divinidad.

Y de este modo quedará constituido el complejo orgánico Dios y Mundo —el Pleroma—, realidad misteriosa que no podemos decir que sea más hermosa que Dios por sí sólo (puesto que Dios podía prescindir del Mundo), pero que tampoco podemos imaginar absolutamente gratuita, absolutamente accesoria, sin que la Creación resulte incomprendible, la Pasión de Cristo absurda, y nuestro esfuerzo desprovisto de todo interés.

Et tunc erit finis.

Como una inmensa marea, el Ser habrá dominado el temblor de los seres. En el seno de un Océano aquietado, pero en el cual cada una de sus gotas será consciente de seguir siendo ella misma, habrá concluido la extraordinaria aventura del Mundo. El sueño de toda mística, el eterno sueño panteísta, habrán encontrado su plena y legítima satisfacción. *Erit in omnibus omnia Deus.*

Conclusión

Así concluye el texto de “Mi Universo” (Tientsin, marzo de 1924). Como escribe Agustín Udías [“El pensamiento cristológico y la evolución en Teilhard de Chardin”. *Pensamiento*, volumen 63, 2007, pág. 583-604 y en este caso, pag. 592]:

“En *Mi universo* (1924) aparece por primera vez la identificación explícita de Cristo con el «omega» (todavía escrito con minúscula) de la evolución. En este trabajo Teilhard resume su exposición en tres puntos:

«A) El Cristo de la revelación no es otra cosa que omega. B) Es en tanto que omega que él se presenta como alcanzable e inevitable en todas las cosas. C) Por ser constituido como omega ha llevado a cabo por el trabajo de su Encarnación conquistar y animar el Universo».

Una larga cita de textos de S. Pablo que resume con tres de la carta a los Colosenses que cita en latín: *In eo omnia constant* (En él todo tiene su consistencia) (Col 1,17); *Ipse est qui replet omnia* (Él es el que tiene la plenitud de todo) (Col 2,10), y *Omnia in omnibus Christus* (Cristo lo es todo para todos) (Col 3,11); le lleva a exclamar: «¡Esta es la definición misma de omega!» y añade: «Como físico, me es imposible leer a S. Pablo sin ver aparecer de una manera deslumbrante, la dominación universal y cósmica del Verbo encarnado».

Sin embargo, todavía apenas se habla de la evolución y su convergencia,

y la idea dominante es la de la «Unión Creadora».

Será necesario releer el denso trabajo de Udías que ayuda a situar “Mi Universo” en el contexto de los escritos de Teilhard entre 1916 y 1924.